

Mohernando, 31 de enero de 1967



Queridos hermanos:

Con gran pena os comunico la muerte de nuestro querido hermano coadjutor ANDRES GARCIA GARCIA que tuvo lugar el día 1 de enero en esta casa de Mohernando.

Todo fue de repente y de modo inesperado. Llevaba ya unos días en el lecho, pero sin dar ninguna muestra de dolencia grave ni enfermedad. Conservaba su buen humor habitual y no dejó de contestar algunas cartas que con motivo de la Navidad había recibido. El médico que le visitó no dio tampoco ninguna señal alarmante de urgencia, aunque dejó consignado un fuerte tratamiento. El día 31, cuando nos despedíamos de él y le augurábamos un feliz año nuevo, no podíamos sospechar que Dios nos le llevaría para concederle las felicidades que todos le deseamos. Al entrar en su cuarto, en la madrugada del primer día del año, le encontramos difunto. Había muerto en el silencio, como silenciosa y humilde había sido su vida. No una queja, ni una llamada al hermano salesiano que desde hacía un año dormía junto a él. En su rostro se dibujaba una serena tranquilidad, en ningún modo turbada por los momentos de agonía.

Rápidamente se extendió la triste noticia por la casa y comenzamos

a elevar sufragios por el eterno descanso de su alma. Los hermanos salesianos y novicios de esta comunidad, se afanaban en pasar delante de su cadáver. Al enterarse del fallecimiento los salesianos de las Casas de Madrid, comenzaron en seguida los telegramas y llamadas telefónicas de condolencia, en las que se mostraba patente el amor que todos profesaban al Sr. García.

Nació el 30 de noviembre de 1890 en Avilés (Asturias). Toda la vida llevó grabada en el alma la nostalgia de su tierra asturiana; sin duda que los años de infancia y juventud pasados en el querido terruño marcaron una profunda huella en su manera de ser.

Sintió la llamada a la vida religiosa cuando contaba ventitún años. De temperamento decidido y enérgico, y dotado de una memoria prodigiosa no le habría sido difícil abrirse camino en la vida; sin embargo, "dejándolo todo", se dirigió a Sarriá para ingresar en la Congregación Salesiana como hermano coadjutor. Un año pasó en este Colegio Salesiano; al siguiente 1912 le encontramos en el de Carabanchel Alto (Madrid) dispuesto a hacer el Noviciado.

El 31 de julio de 1913 emitía sus primeros votos. Desde este momento apreciamos en su vida una incondicional entrega a la Congregación en las ocupaciones más diversas. Los tres primeros años desempeñó el cargo de enfermero en la Casa de Vigo. La Obediencia le destinó el año 1916 a la Casa de María Auxiliadora, Salamanca, con el cargo de portero. Estos tres años fueron imborrables para él, ya que desempeñó su cargo con tanto entusiasmo que era apreciado y admirado de los Superiores, de los alumnos e incluso de los padres de éstos. Hasta los últimos días de su vida ha estado recibiendo cartas de alumnos que le recordaban aún con cariño. Tres años después dejaba su querida Casa de Salamanca para marchar al Tibidabo como sacristán. Aquí emitió sus votos perpetuos. El Sr. García sigue infatigable en su puesto de trabajo. Cinco años estuvo en el colegio de Mataró como enfermero y sacristán. De nuevo Salamanca, ya en el año 1929, le recibe como portero del Colegio. Dos años permaneció en esta Casa y los Superiores le destinaron a la Ronda de Atocha, Madrid, en calidad también de portero. Aquí le sorprendió la guerra civil de 1936. Con los demás de la Comunidad fue trasladado a la cárcel donde supo conservar su jovialidad y gran optimismo infundiendo ánimo en los demás. Las malas condiciones de aquel encierro, y quizás la continua tensión de nervios, le ocasionaron la parálisis de las piernas. En 1939, al terminar la guerra, lo vemos en Carabanchel, con gran ansiedad de recuperarse, ejercitándose en las paralelas. En 1941 fue trasladado a la Casa de Deusto-Bilbao creyendo que aquel clima le fuese más benigno, pero la continua humedad le perjudi-

caba; y desde 1944 lo pasó en este Santo Monte edificando, con su continuo ejemplo de resignación, a tantas generaciones de novicios.

El Sr. García se caracterizó por una sentida piedad que le llevaba a soportar con paciencia la cruz que el Señor le envió y a infundir en los demás serenidad y alegría.

A pesar de estar imposibilitado para andar fue exactísimo a todos los deberes de la vida común, especialmente los ejercicios piadosos. Nos admiraba su puntualidad y el fervor con que seguía las funciones litúrgicas. En el cuarto, el rosario era su instrumento preferido y su oración favorita.

La alegría era otra de las virtudes características de este santo coadjutor. Tanto los que tuvimos la dicha de conocerle los últimos años como los que le trataron en su vida, incluso en momentos difíciles de cárcel y de guerra, están acordes en afirmar que donde se encontraba el Sr. García reinaba una satisfacción, una alegría y una paz indescriptible. En una de las cartas de condolencia que recibimos de un salesiano que le trató íntimamente durante su estancia en Atocha nos describe al Sr. García como “un hombre de atrayente simpatía personal, impregnada del suave perfume de la más exquisita caridad. Siempre alegre, siempre radiante de optimismo”. Su conversación estaba matizada en todo momento de finas ocurrencias y humorismo. Eran ya “célebres” sus famosos pareados con los que alegraba a todos, particularmente a los novicios que le rodeaban ansiosos de escuchar sus palabras. Esta dote natural estaba revalorizada con una prodigiosa memoria que le hacía recordar anécdotas, fragmentos de zarzuelas y poesías de todos los tiempos. Le salía espontáneo, al hablar, el tema espiritual; y cuando le acompañábamos en sus paseos con el carrito, nos invitaba a contemplar las bellezas de la Creación. En sus cartas, a menudo, solía firmar con el seudónimo de “Amador del Campo”.

Los que venían a esta casa de Mohernando preguntaban por el Sr. García, e iban en seguida a visitarle. Era dadivoso con todos. Cuando recibía un regalo daba la impresión de estar pendiente de que alguien fuese a su cuarto para repartirlo. Sólo guardaba para sí lo estrictamente personal.

Era muy grande su amor a la Congregación. Cuando recordaba en sus conversaciones a los salesianos de su tiempo se le iluminaba la cara y ponía de manifiesto su palpitante cariño hacia ellos. Se interesaba por la marcha de la Inspección, por los cambios del personal, por las mejoras introducidas en nuestras casas. Celebraba las fiestas salesianas con un entusiasmo y alegría que nos contagiaba.

¿Qué decir de su exactitud en los deberes de la portería? El Excmo. Arzobispo de Valencia Mons. Marcelino Olaechea, al notificarle la muerte, nos manifiesta que “el Sr. García a quien tanto conoció y amó fue el verdadero tesoro que es un buen portero, como decía D. Bosco”. “El Sr. García trabajó mucho en el Colegio de Salamanca —nos escribe D. Modesto Bellido—. Llamó la atención su exquisita delicadeza con las visitas que llegaban a la Casa. El atendía a la portería. No le faltaba una palabra buena, ya para los alumnos externos cuando entraban o salían, ya para los familiares de los externos”. Otros testigos que convivieron con él coinciden en subrayar su virtud. “Fue el amable y bondadoso portero, limpio y acogedor. De él se desprendía un aliento que daba calor a aquella pobre portería de Atocha”.

Y entre tantos rasgos que definen la personalidad de este gran salesiano destaca, como hacíamos notar antes, su conformidad total a la voluntad de Dios. Su lento martirio duró, exactamente treinta años. Y en éstos, ni una queja referente a su enfermedad, ninguna añoranza de otros puestos. El Señor le quería así y él llevaba su cruz con resignación. Es el mismo D. Modesto Bellido quien nos dice: “Indiscutiblemente que el bueno del Sr. García ha hecho más por la Congregación en estos veintitantos años de enfermedad, que en sus años de salud”.

El Sr. García nos presenta con su vida un ejemplo de santidad silenciosa, pero heroica.

Sus restos descansan en el panteón de nuestra casa junto con el de otros dos salesianos beneméritos: el padre Joaquín Urgellés y el señor Pachi. No cabe duda que, para cuantos vivimos en esta Comunidad: salesianos, novicios y aspirantes, son estos hermanos nuestros un acicate para el bien y un estímulo en nuestras tareas.

Hoy, festividad de S. Juan Bosco, comentaba con algunos hermanos: “Es la primera fiesta salesiana que el Sr. García celebra en el cielo”. Así lo esperamos y creemos; mientras tanto elevemos sufragios por su alma.

Encomendad a Dios los intereses de esta Casa, que lo son de todos, y a quien se profesa afmo. en D. Bosco santo.

PABLO ORTEGA
Director

DATOS PARA EL NECROLOGIO

Coadjutor Andrés García García, nació el 30 de noviembre de 1890; murió en Mohernando (Guadalajara) el 1 de enero de 1967, a los 76 años de edad y 53 de profesión.
